MAYDE MOLINA Y AMIR ZARE

El juego del cubo

Una vía ancestral para conocerte y modelar tu destino

EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición…) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Espiritualidad y Vida interior
El juego del cubo
Mayde Molina y *Amir Zare*

1.ª edición: enero de 2022

Corrección: *M.ª Ángeles Olivera*
Diseño de cubierta: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

© 2022, Mayde Molina (https://maydemolina.com) y Amir Zare
(Reservados todos los derechos)
© 2022, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-805-3
Depósito Legal: B-19.044-2021

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Un cofre por abrir 9
La llegada a Shiraz 11
Un viejo perfume 13
Kansbar, el señor del tesoro 15
Un lienzo en blanco. 19
El juego 23
Nota de los autores 25
Lo que he visto en el desierto. 29
La lectura del desierto 31
El mirador de la vida 35
La lectura del cubo 37
Un turbante en el cielo 41
La lectura de la escalera 45
La lectura del caballo 49
El carnaval del amor 55
Fuego sobre fuego 57
La lectura de la tormenta 59
El oráculo del pájaro 63
La lectura de las flores 67
Vidrieras al amanecer 71
El mensaje de Hafez 73

El cuaderno del cubo.
Claves para leer e interpretar el juego 75
El significado del desierto 79
El significado del cubo 83
El significado de la escalera 91
El significado del caballo 93
El significado de la tormenta 97
El significado de las flores 99
La vida, como el juego del cubo, es siempre
un libro abierto 103
Agradecimientos 105

«Todo es un tablero de ajedrez de noches y días,
donde el destino, con hombres como piezas, hace su juego».

Omar Khayyam

«Conocerse a uno mismo no es garantía de felicidad,
pero está del lado de la felicidad,
y puede darnos el coraje necesario para luchar por ella».

Simone de Beauvoir

Un cofre por abrir

Todo empezó en una tienda de antigüedades del barrio judío de Barcelona. Nuestros pasos nos habían llevado hasta allí como si supieran más que nosotros.

Ciertamente, buscábamos un regalo para un amigo muy singular, viajero empedernido y coleccionista de arte. Nos había invitado a su casa para una celebración y aún no habíamos encontrado nada adecuado para él.

No es una persona a la que se agasaja con un dulce o una botella de vino.

Maestro en al arte de las fiestas y gran contador de historias, el obsequio que le lleváramos tenía que ser tan único como su espíritu.

La intuición nos hizo entrar en aquel espacio que resultaba angosto por la gran cantidad de objetos que se acumulaban. Como si el mundo entero estuviera allí representado, cada rincón agrupaba artículos de una misma procedencia: reliquias católicas, máscaras e instrumentos africanos, figuritas del lejano Oriente, lámparas Tiffany y otras piezas de *art noveau*.

Paseando entre aquella caótica colección, ambos nos detuvimos a la vez delante de una estantería. Allí reposaba un solitario cofre de madera labrada con ornamentos geométricos,

algunos ya borrados por el tiempo. Por su tamaño modesto, parecía destinado a guardar joyas.

Había captado nuestra curiosidad sin motivo aparente, como si el cofre tuviera sus razones para reclamar atención.

El anciano a cargo del negocio se dio cuenta de nuestro interés y se acercó sigilosamente para decir:

—Esta cajita viene del sur de Persia. Aunque está trabajada con minuciosidad, el objeto en sí no tendría valor… si no fuera por su propietaria.

Al preguntarle ambos qué había querido decir con eso, el anticuario aclaró:

—Llegó hasta aquí junto con las pocas posesiones de la artista a la que perteneció. Debe de ser de las pocas mujeres europeas que han vivido por su cuenta en Irán. Y, además, fotógrafa y escritora.

Eso nos convenció de que aquel era el regalo que llevaríamos a nuestro amigo. Mientras pagábamos un precio muy razonable por el pequeño cofre, intentamos abrirlo sin éxito. Aunque no estaba cerrado con llave, la humedad y el tiempo habían soldado la tapa al resto de la caja.

Como aún faltaban un par de horas para el encuentro, hicimos escala en una tetería del barrio, donde además de servirnos dos tés a la menta nos prestaron un cuchillo.

Lo utilizamos para hacer palanca en la ranura hasta que por fin se abrió. La tapa hizo un crujido seco, como una puerta sellada durante mucho tiempo que por fin revela sus secretos. Dentro del cofre había un viejo cuaderno con tapas de tela ámbar.

Sin duda, había pertenecido a la misteriosa artista.

La llegada a Shiraz

Hace tiempo que mi vida ha dejado de tener sentido. Soy como una cometa rota que avanza y retrocede con los embates del viento. En apariencia lo tengo todo para ser feliz. Poseo, por familia, una situación acomodada y soy libre. Libre y perdida como esa cometa sin rumbo.

Varios periódicos y revistas publican mis reportajes, lo cual me dicen que es notable siendo mujer. No hay nadie que mande sobre mí, aunque mis padres y unos cuantos amigos han intentado convencerme de que no emprendiera este viaje. Los tambores de guerra suenan ya en Europa, y dicen que es cuestión de tiempo que la locura del *Führer* supere las fronteras de Alemania.

Por supuesto, todos saben que es imposible persuadirme de que me quede en casa, escribiendo aburridas crónicas de sociedad. Justamente porque siento que mi vida no tiene sentido, necesito viajar como el aire que respiro.

Es por eso que estoy aquí, en este coche averiado a las puertas de Shiraz. La que fue en un tiempo la capital de Persia es hoy la ciudad de los poetas, del vino, las rosas y las luciérnagas.

El chófer me dice en un francés casi incomprensible que tendremos que caminar. El mecánico más cercano está a muchas millas de aquí. Nadie vendrá a buscarnos. Mientras carga

con la mayor parte del equipaje, me recomienda que me tape la cabeza como un beduino.

—*Hombres malos si saben que tú mujer.*

Llevo el pelo corto y pantalones, así que muchos aquí piensan que soy un chico. Un europeo loco en busca de aventuras en la provincia de Fars.

El sol del mediodía convierte el camino en un infierno polvoriento. El aire es tan caliente que cada bocanada de oxígeno me quema por dentro. La luz deslumbrante hace que las cúpulas lejanas de Shiraz reverberen como un espejismo en el desierto.

El chófer ha prometido llevarme a un hospedaje cercano a la Mezquita Rosa, pero me parece que un mundo nos separa de allí.

Tengo el estómago revuelto por el largo viaje y siento como si la cabeza me fuera a estallar. Y este calor inhumano… No hay una sola nube. Escribo estas líneas bajo un toldo miserable, mientras aguardamos a que traigan unos borricos que cargarán con el equipaje.

Una anciana sin dientes me ha acercado un cántaro para que beba agua. Al descubrirme el rostro para tomar un sorbo, se ha echado atrás con espanto. Ha descubierto que, además de extranjera, soy mujer.

Me gustaría hablar farsi para decirle que viajo sola con la esperanza de encontrarme conmigo misma.

Un viejo perfume

Tendida en la cama, con el cuerpo empapado de sudor, apenas recuerdo nada de lo que sucedió. Las imágenes se entremezclan en mi mente con sueños que parecen más bien delirios.

Sólo sé que, al pasar junto a las primeras casas que preceden la ciudad, la frente me ardía y empecé a perder la visión. Tuve que apoyarme en una pared encalada, mientras sentía que todo daba vueltas a mi alrededor. Pero ya era demasiado tarde.

Un perro ladró con voz afónica.

Justo después sentí que me hundía en la oscuridad.

Al despertar, estaba totalmente desorientada. No sabía dónde me encontraba ni qué hora era.

Una luz cálida se filtraba por la celosía de madera que cubre la ventana. A los pies de mi cama hay un banco con una jofaina de porcelana y, al lado, unos paños doblados.

Una mujer ha entrado en la alcoba y me ha sonreído mientras me hacía una suave reverencia. Lleva un *hiyab* oscuro. Su rostro es dulce y atemporal. Debe de tener cerca de sesenta años, o quizás sea mayor.

—*Yo Anahi. Usted no preocupar, todo bien. Mi hijo habla francés.*

Ha empapado uno de los paños y lo ha pasado suavemente por mi rostro, mi pecho y mis brazos. Creo que me ha bajado la fiebre, aunque aún me siento entumecida.

Al terminar de secarme, me ha acercado agua en una vasija de barro.

—*¡Beber! Agua buena de montaña.*

Luego ha dado unos pasos para abrir la celosía y he alcanzado a ver en el horizonte lo que me ha parecido una árida cordillera.

De un pequeño armario ha extraído un frasquito de cristal rosado. Ha vertido en un pañuelo de algodón parte de su contenido y lo ha pasado por mis sienes, dando unos pequeños toques también en mis muñecas. Es agua de rosas. Ese aroma me ha transportado a mi infancia, a la casa de mi abuela materna y a sus abrazos, siempre con fragancia de pétalos.

Ahora se oye la voz de un niño a lo lejos y el piar de los pájaros que se recogen en un árbol cercano. Está cayendo la tarde.

Yo también me siento como un ave. He viajado miles de kilómetros para conocer la perla de Persia y, tal vez, encontrar un nuevo sentido a mi vida en el desierto de Irán.

Tengo tanto sueño que me temo que, si vuelvo a cerrar los ojos, tal vez no despierte nunca.

Kansbar, el señor del tesoro

El amanecer ha inundado lentamente la estancia. He vuelto a soñar con el desierto, como antes de mi partida.

Por encima del silencio de la casa, me llegaba el murmullo de alguien que estaba orando. Era la voz de un hombre, que cantaba y rezaba en farsi.

Minutos más tarde, unos nudillos han golpeado con suavidad la puerta de mi alcoba, que está entornada. Antes de que pudiera incorporarme, he visto en el umbral la silueta de un hombre de mediana edad.

Al comprobar que estaba despierta, ha entrado con una taza entre las manos.

—Me llamo Kansbar. Te traigo una infusión de plantas medicinales –ha explicado en un francés impecable–. Has tenido mucha fiebre y necesitas hidratarte.

Me he incorporado ligeramente de la cama y me he peinado los cabellos con la mano. Desde que llevo el pelo corto es mucho más fácil.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Perdiste el conocimiento y te trajeron a nuestra casa. Estás muy débil, pero mi madre y yo te cuidaremos hasta que te repongas. Entonces podrás proseguir tu camino.

Mientras escuchaba su voz suave, he notado el cansancio de los últimos meses. Por alguna razón, hasta hoy no había

logrado dormir más de dos horas seguidas. Mi cuerpo es como un edificio a punto de demolición.

Kansbar se ha aproximado a mí con el sigilo de un gato. Es muy apuesto y tiene una mirada dulce y profunda. Sus dedos son largos y delicados como los de un pianista. Con el índice, ha señalado mis labios y ha dicho:

—Te ha salido un sarpullido en la boca a causa de la fiebre. Mi madre te está preparando un ungüento. Ahora debes tomarte esto… Es un poco amargo, pero te hará bien. ¿Cómo te llamas?

—Ada.

—Hermoso nombre. ¿Puedo preguntarte por qué has viajado hasta aquí?

—Ni yo misma lo sé… Me sentía perdida en mi propio país, así que decidí emprender este viaje. Es más tranquilizador no saber dónde estás cuando te encuentras lejos de casa.

—Entonces, has llegado al mejor lugar –ha dicho con un brillo en los ojos que no he sabido interpretar.

Mientras me tomaba la infusión, que era amarga como mi propia vida, me ha contado que estamos en la planicie que precede a los montes Zagros, en las afueras de Shiraz. Vive con su madre y con su hijo pequeño. Su esposa murió durante el parto y su padre les dejó hace ya muchos años.

—¿Qué significa tu nombre? –le he preguntado un poco más animada.

Por la suave sonrisa que se ha dibujado en sus labios, creo que le ha sorprendido mi curiosidad.

—Kansbar significa «el señor del tesoro». Ahora descansa un poco más. En un rato mi madre te ayudará a vestirte y te llevará a la sala para desayunar.

El brebaje amargo me ha despertado el hambre, mis intestinos no paran de moverse. No sé cuántas horas deben de haber pasado desde la última vez que comí… Tengo tanto apetito que no puedo concentrarme. Seguiré escribiendo en este cuaderno después de desayunar.

Es extraño estar aquí y, al mismo tiempo, no sé por qué, siento que Kansbar tenía razón al decir que he llegado al mejor lugar.

Un lienzo en blanco

Una vez vestida, la madre de Kansbar me ha enseñado las distintas estancias de la casa. Al entrar en la cocina, un intenso olor a especias ha inundado mis sentidos. Hay un horno de leña y un gran ventanal desde el que se divisa el patio interior.

En el comedor nos estaban esperando Kansbar y su pequeño. Es un niño precioso que tendrá cerca de cuatro años.

—Ada, toma asiento, por favor. Saeed, hijo, ¡saluda a nuestra invitada!

—*Salam, madame!*

La mesa era un festín para los ojos. Había dátiles, varios cuencos con salsas, yogur mezclado con trozos de frutas y un pan muy fino que ellos llaman *sangak*.

Anahi ha cocinado para mí un delicioso plato a base de arroz.

Al terminar, he intentado levantarme para retirar la mesa, pero Kansbar me ha detenido, alzando la mano con suavidad.

—No debes esforzarte, aún no estás recuperada. ¡Ven! Iremos al patio a tomar el té. Es el lugar más fresco de la casa, allí podremos conversar tranquilos.

Ha abierto la celosía al fondo del salón y hemos salido a un gran jardín interior. Es muy hermoso, está lleno de plantas y flores. En el centro hay una gran higuera y también dos olivos al lado de un pozo.

—Mi abuelo paterno plantó esta higuera siendo aún muy joven. Su sombra es el bien más preciado de esta casa. ¿Eres escritora? –me ha preguntado de repente.

Sin duda, no le ha pasado por alto este cuaderno donde voy recogiendo lo que vivo.

—Soy fotógrafa, principalmente, pero también escribo crónicas para periódicos y revistas de mi país.

Es temprano y la brisa que corre todavía es fresca. Nos hemos sentado en un banco bajo la higuera con los vasitos de té con hierbabuena ya sobre la mesa.

—Si te gusta crear imágenes, entonces tengo algo para ti…

Tras frotarse las manos, ha salido del patio para regresar, un minuto después, con un lienzo por estrenar montado en un caballete, un pincel y un bote de tinta negra.

—Esto perteneció a un pintor inglés que se alojó, como tú, en nuestra casa. Ahora es tuyo.

He tratado de explicarle que soy fotógrafa, no pintora, pero eso no parecía importar a Kansbar, que ha dicho:

—Sólo tienes que imaginar y dibujar. Vamos a hacer un juego.

Yo le he mirado de forma interrogativa y ha precisado:

—Es un juego sufí para conocerte a ti misma.

—Pero yo apenas sé dibujar…

—No te preocupes por eso. Bastará con que hagas trazos sencillos, no importa. Lo importante es lo que pintes con tu imaginación.

Tras estas palabras, ha dicho que necesita dejarme sola un rato. Tiene que ayudar a su madre en algo de la casa. Ha prometido volver pronto para iniciar el juego.

Mientras escribo estas líneas, me llevo el té dulce y fragante a los labios. Un pájaro encaramado en lo alto de la higuera lanza un melodioso trino. Es largo y triunfal.

Mi corazón late excitado mientras miro el blanco lienzo en su caballete. Aquí y ahora, me digo que ese cuadro expresa con exactitud mi vida.

El juego

—Esta tradición se ha transmitido desde hace siglos de padres a hijos –me ha explicado Kansbar–. Es un gran tesoro, ¿sabes?

—Sin duda, debe serlo… Por algo eres el «señor del tesoro», ¿no? –he bromeado–. Y dime, ¿de qué se trata?

—Es un juego de autoconocimiento. Para los sufís, nuestro deber es enseñar a los demás a comprenderse y a amarse.

—¿De verdad? Pues creo que es lo que más necesito en estos momentos… Y ¿qué debo hacer? –he preguntado, escéptica.

—Lo primero que harás es imaginar un *desierto*. Deberás cerrar los ojos para verlo. Sólo después lo plasmarás en el lienzo con el pincel. Una vez hecho, escribirás tres o cuatro palabras que se te ocurran en relación con él. También tendrás que precisar *qué hora del día es*.

—Así lo haré –le he dicho sumergiendo el pincel en el bote de tinta.

—Espera… Voy a dejarte sola para que liberes tu visión, pero antes necesito explicarte los otros cinco símbolos.

—¿Hay más símbolos?

—Sí, cuando hayas plasmado el desierto, con las emociones que te despierta y el momento del día que lo contemplas, seguirás dibujando. En tu desierto aparecerá un *cubo*. Con los ojos cerrados debes visualizar dónde está, si es grande o pequeño, de

qué material es… Todo lo que se te ocurra. Luego lo pintas en el lienzo y añades tus notas al lado.

—De acuerdo.

—En tercer lugar, aparecerá una *escalera*. Una vez la hayas visualizado con tu mente, trasládala al cuadro. Ponla donde has visto que está y anota de qué material es, cuántos escalones tiene, si es fácil o difícil de subir…

He asentido con la cabeza. Tengo la suerte de poseer buena memoria a corto plazo. De otro modo, habría necesitado apuntarme las instrucciones.

—Luego aparecerá un *caballo* –ha seguido Kansbar–. Imagina dónde está, cómo es, si lleva o no montura y brida. Cuando lo pongas en el lienzo, piensa en las emociones que te despierta y escríbelas.

—Entendido… Si no me equivoco, faltan aún dos símbolos en el desierto.

—Sí, va a producirse una *tormenta*. Debes visualizar cómo es y qué les sucede a los símbolos que dibujaste.

—Así lo haré –he dicho deseosa de empezar el juego.

—Espera… por último imaginarás unas *flores* en este escenario. Las situarás donde tú sientas que deben estar.

Kansbar ha dejado el vasito de té vacío sobre la mesa, mientras concluía:

—Normalmente, como maestro del juego, debería estar a tu lado guiándote en cada paso, pero te dejaré sola. Eres una artista y te vas a sentir más libre así. Cuando regrese, hablaremos de tu cuadro.

Le he dado las gracias, impaciente por cerrar los ojos para empezar a imaginar el desierto.

Nota de los autores

Dado que lo que visualiza y pinta Ada –además de la lectura que va a recibir– condicionaría tu juego del cubo, antes de seguir con su cuaderno, te aconsejamos que hagas el ejercicio.

De este modo, podrás irlo interpretando a medida que lo realiza la protagonista, o bien hacerlo al final con ayuda del anexo práctico.

Te recomendamos, por tanto, que antes de seguir, tomes un folio y visualices los siguientes símbolos antes de trazarlos en el papel. Puede ser con un bolígrafo o lápiz. Vamos a repasar los diferentes pasos:

1

El desierto

Imagina con calma cómo es tu desierto. Luego plásmalo en la hoja. Escribe tres o cuatro palabras que relacionas con este desierto (tal vez es la emoción que te produce contemplarlo).

Por cierto, ¿qué momento del día es en tu desierto?

2

El cubo

Visualiza dónde aparece, cómo es –grande o pequeño, sólido o hueco– y de qué material. ¿Sientes algo especial al contemplarlo en tu desierto? Defínelo con algunas palabras.

3

La escalera

¿Dónde está en tu paisaje? ¿De dónde parte y adónde llega? ¿De qué material está hecha? ¿Cuántos escalones tiene?

4

El caballo

¿Dónde aparece en tu desierto? ¿Cómo es y qué lleva (si es que lleva algo)? ¿Está quieto o se dirige a algún sitio? ¿Qué sientes al verlo?

Tras visualizar y plasmar cada símbolo, toma nota de todo en el mismo papel. Será importante cuando llegue el momento de leer el juego.

5

La tormenta

¿La ves llegar o te toma por sorpresa? ¿Cómo es? ¿Cuánto dura? ¿Qué sucede después de la tormenta? ¿Cómo están el resto de elementos?

6

Las flores

¿Dónde están situadas? ¿Hay muchas o pocas? ¿Cómo son estas flores?

Completado el juego, dobla la hoja y guárdala en un lugar donde no puedas perderla. Cuando llegue el momento, tendrás herramientas para interpretarlas.

Volvamos ahora al cuaderno de Ada.